

una substancia sensible a las alteraciones que le infligen los observadores para que advenga a una objetividad que la torne accesible a nuestros sentidos. Es verdad que las explicaciones primigenias de este rasgo descollante de la mecánica cuántica han sido vertidas mediante el recurso a un lenguaje que trasuntaba la influencia innegable del idealismo trascendental imperante en Alemania durante aquellos días, sobre todo gracias al peso que por entonces ostentaban las corrientes neokantianas en la vida universitaria germana. Fue por eso mismo que las primeras reacciones filosóficas apuntaron a señalar que el principio de indeterminación constituiría una violación flagrante de la independencia entitativa de las cosas exteriores en relación con nuestro conocer e incluso un ataque contra el principio de causalidad. Sin embargo, el acercamiento de Heisenberg al aristotelismo y las constancias de un dato capital de la física cuántica —el ser en acto que el electrón adquiere *post experimentum* no corresponde al modo de ser virtual que le concierne *in rerum natura*— comenzaron a despejar la alarma y la confusión que habían cundido en un primer momento. Si bien ni Heisenberg ni los tratadistas de la física cuántica nunca han ofrecido una versación exhaustiva del principio de indeterminación en términos formalmente filosóficos, no parece que los filósofos de la naturaleza, hasta donde nos consta, hayan desarrollado todas las connotaciones implícitas en dicha teoría fisicomatemática o, cuando menos, las críticas que merecería desde el punto de vista de la filosofía. Creemos que una digna excepción es el aporte de Juan Enrique Bolzán (cfr. los títulos de sus artículos mencionados en su libro *Continuidad de la materia y participación. Ensayo de interpretación cósmica*, Buenos Aires 1973, pp. 68-69 nota 4).

Mario Enrique Sacchi

FRANCISCO LEOCATA S. D. B., *Las ideas filosóficas en Argentina. Etapas históricas (II)*. Centro Salesiano de Estudios San Juan Bosco. Buenos Aires 1993. 384 páginas.

La obra que nos ocupa ofrece una historia de las ideas filosóficas en Argentina en el período que va desde 1910 hasta 1943. Algo más de tres décadas de nuestra historia filosófica son analizadas a través de las diferentes escuelas y autores seleccionados. Los temas centrales son los de la vida y los valores. Señala el autor que, «así como el [tema] de la vida sirve a la vez para potenciar el sondeo de la identidad cultural mejor perfilada (la búsqueda de la identidad argentina)..., el tema axiológico apunta a la búsqueda apasionada de un elemento ideal, moral, capaz de elevar el nivel de la cultura y de la sociedad argentinas y de liberarlas de su materialismo, de su inercia y de su mediocridad» (pp. 18-19). La obra se vertebra en catorce capítulos: «Elementos germinales de la nueva configuración» (cap. I); «la síntesis positivista de José Ingenieros» (cap. II); «Alberini y la renovación filosófica» (cap. III); «Libertad y valores en el pensamiento de Alejandro Korn» (cap. IV); «Vida y nacionalidad» (cap. V); «El extraño mundo de Macedonio Fernández» (cap. VI); «Alberto Rougès y la renovación filosófica en el Norte argentino» (cap. VII); «Una ojeada a la literatura: para una antropología de la soledad» (cap. VIII); «El retorno al realismo» (cap. IX); «Los epígonos del positivismo y los avances de los estudios psicológicos» (cap. X); «Historicidad y forma vital» (cap. XI); «Profundidad y riesgos en la neoescolástica» (cap. XII); «Los primeros ensayos existenciales» (cap. XIII); y «Ensayo de síntesis» (cap. XIV). A través de ellos, de lo que se trata es de comprender los temas que como hombres se han planteado los pensadores, y en qué medida esos temas ayudan a descubrir el sentido de la cultura argentina.

«Si la toma de conciencia de la historia de las ideas filosóficas ayudara a que el lector

pensante argentino se conociera mejor a sí mismo, y encontrara sugerencias para nuevos horizontes y perspectivas; si de la lectura surgieran nuevas preguntas capaces de ayudar a pensar y a vivir —ha dicho F. Leocata— el trabajo habría cumplido su cometido» (p. 13; el subrayado es nuestro). En el sentido propuesto, consideramos que lo ha cumplido en nosotros y que habrá de cumplirlo en todos aquellos interesados —vitalmente— en su temática.

Matilde I. García Losada

*Lógica. Lecciones de M. Heidegger (Semestre verano 1934). En el legado de Helene Weiss.* Edición bilingüe. Introducción y traducción de Víctor Farías. Anthropos-Ministerio de Educación y Cultura. Barcelona-Madrid 1991. L + 142 páginas. ISBN 84-7658-305-2.

Este libro ofrece la curiosa particularidad de haber sido publicado con la aparente pretensión de que nadie repare en la teoría heideggeriana de la lógica —que debería constituir el principal e incluso el único interés al momento de emprenderse su lectura—, sino en la introducción de Farías, toda ella enderezada a presentar la esfigie de Heidegger como una suerte de filósofo delincuente a causa de sus actitudes en la época de apogeo del régimen nacional-socialista. Los esfuerzos de Farías en indicar la adhesión de Heidegger a este régimen político terminan obnubilando por completo la exposición de las doctrinas filosóficas de un autor embarcado por entonces en una tarea de máximas exigencias teoréticas. A Farías no le ha preocupado otra cosa que el mostrar que Heidegger habría sido no más que un vocero del nacional-socialismo; que su curso de lógica, dictado en el semestre estival de 1934 en la Universidad de Friburgo de Brisgovia, sería una explicitación especiosa de su acatamiento a tal ideología, la cual, según declara intempestivamente Farías, ya habría sido esbozada de un modo germinal en *Ser y tiempo* (1927), y que el sustrato básico de las tesis heideggerianas contenidas en dichas lecciones estaría signado por esa profesión de nacional-socialismo, mas no por inquietudes imbuidas de un aliento filosófico superior. Si recién ahora, merced al empeño del propio Farías —de acuerdo a la inmodesta confesión del mismo Farías—, habría quedado esclarecida la filiación nazi de aquel «primer Heidegger», ello se habría debido a que en Alemania existiría una conspiración destinada a silenciar las posturas de este pensador, a la cual no serían ajenos ni siquiera los propios editores de sus obras completas que publica en Frankfurt la casa Vittorio Klostermann. En rigor, la introducción de Farías, compuesta al modo de una apología de sí mismo y de una denostación implacable de todos quienes discrepan con él, es una mera manifestación de un periodismo sensacionalista, por desgracia intensamente infiltrado en la literatura consumida por la clientela universitaria de hoy día, para el cual sólo importa armar un escándalo del que se hable durante un cierto tiempo, pero donde la filosofía, como corresponde a este tipo de vetetismo en boga, no surge más que como una excusa para ventilar pasiones ideológicas como ésas que en el ánimo de Farías hallan un buen exponente. Cuáles hayan sido las inclinaciones de Heidegger en materia de ideologías políticas, es algo que en absoluto aminora la estampa de un filósofo extraordinario —con muchos de cuyos pensamientos, dicho sea de paso, cabe disentir de medio a medio—, al cual la verbosidad de Farías no puede eclipsar precisamente porque su animosidad le impide exhibir una estatura filosófica siquiera infima, aunque redunde en una eficacia comercial que no pocos envidian.

Por lo que respecta al texto del curso de 1934, conservado mediante los apuntes de Helene Weiss, una alumna de Heidegger en Friburgo, nos parece que lo más prudente estriba en esperar una eventual edición crítica que garantice su autenticidad y la equivalencia de